

Elegía de la peseta, desde el extranjero

Por CARLOS ESPLÁ

La muerte ha ahorrado muchos disgustos a Primo de Rivera, entre ellos el de vivir en el extranjero gastando pesetas enfermas. En unas cuantas comilonas hubiera agotado sus reservas numismáticas, porque no hay suscripción espontánea que resista a la baja de la moneda. Tener pesetas y gastar francos, libras o marcos es uno de los peores negocios que puede hacer hoy un español. Por eso, ninguno se atreve a pasar la frontera. A la peseta no le convienen, este verano, los viajes al extranjero. ¿Ha seguido los consejos patrióticos de los doctores del «A B C»? A la fuerza los ha seguido, como esos enfermos que no pueden moverse y a quienes se recomienda reposo. La peseta está débil, se marea en el tren, la dan vahidos cuando pisa tierra extranjera, estira la pala cuando entro en una tienda francesa.

Hace cuatro años los españoles, con unos cuantos billetes en el bolsillo, nos dábamos en París aires de magnates. Las chicas de Montmartre nos tomaban por banqueros americanos. Cien pesetas se convertían en muchos centenares de francos—a 800 llegó a estar el cambio—y estos centenares de francos se convertían en unas cenas y unos puros y unos paseos en auto que no había más que pedir. Los bulevares estaban llenos de celtíberos con trajes claros y sombreros de paja. Cuando una señora española entraba en una tienda de modas todo lo encontraba barato y cargaba con cuanto había a mano. Era el momento catastrófico de la baja del franco. Muchos españoles se descubrieron entonces dolencias, perfectamente diagnosticadas, que exigían su curación en balnearios franceses. La baja de la peseta debe de haberlos curado definitivamente.

Aprovechando la diferencia del cambio, los españoles venían a Francia: unos, a divertirse; otros a comprarse camisetas; los más a darse un baño de civilización, a respirar libremente lejos de apertistas, somatenistas, follones y demás gente de la ~~dictadura~~ dictadura.

Pero con el franco estabilizado y la peseta agonizante ¿quién puede venir este verano a París? No se oye hablar castellano en los bulevares; ni por casualidad encuentra uno a un español en un café o en un comercio. La diferencia del cambio actúa ahora contra el bolsillo nacional, gracias al genio financiero de Calvo Sotelo. Si los españoles que vivimos en París calculásemos la equivalencia en pesetas de cada uno de nuestros gastos tendríamos que hacer las maletas a toda prisa. Un periódico español cuesta, en París, para quien tiene pesetas, un real; una entrada de cine, diez pesetas; otro tanto una comida en un restaurant modesto; el doble una habitación en un hotel de tercer orden; un traje, setenta duros; más de quince un par de zapatos. Para cortarse el pelo y que le den a uno una fricción hace falta poseer una fortuna regular en pesetas.

Y no es que la vida esté muy cara en París. Lo está, pero no tanto. Es que la peseta vale muy poco. El franco de la postguerra, el pobre franco de cuatro perras chicas, la mira ya con cierta superioridad. La libra tiene para ella el más soberbio desdén. Son, sin embargo, monedas de países que han tenido que hacer frente a la pavorosa liquidación de la guerra.

¡Pobre peseta, que, si te libraste de la guerra, caíste en manos de la dictadura, terremoto de monedas, epidemia de billetes, hecatombe de bolsillos! Estás dando las boqueadas. No te puedes mover. Veas adónde te ha conducido tu desliz con Calvo Sotelo. ¡Los españoles que viven, a la fuerza, en el extranjero, no te olvidan! Ni a tu vil seductor, tampoco.

CARLOS ESPLÁ

Paris, agosto.

1.2b./

A.P.C.E.

SIG.: 1.2b/755

A.P.C.E.

SIG.: 1.2b/755